



El puente Sixto, en Roma, que fue mandado construir en 1474 por el papa Sixto IV.

El absolutismo pontificio. Los Borgias. Savonarola. Maquiavelo

Las ideas de tiranía, de poder personal, de la época tenían que influir necesariamente en el pontificado. A papas eruditos, humanistas, sucedieron papas autoritarios. Teniendo el pontificado dominios políticos, no podía evitar las corrientes políticas de la época.

Durante la Edad Media los papas hicieron valer principalmente su autoridad como cabezas de la Iglesia militante; sus ejércitos fueron las Ordenes religiosas y su arma principal la excomunión. Pero ya en 1471, al ser elegido pontífice el cardenal Francesco della

Rovere, que tomó el nombre de Sixto IV, el papado se encontraba en medio de una Italia dominada por una clase de tiranos en quienes las excomuniones pontificias solamente alcanzaban a producirles irónico desdén.

Desde su elevación al solio pontificio, Sixto IV decidió poner en juego todos los recursos y la autoridad del pontificado para defender y aumentar sus dominios temporales. Para esto tenía necesidad de colaboradores, y como los pontífices, a diferencia de los monarcas hereditarios, no contaban con

CRONOLOGIA DEL PAPADO (DESDE MARTIN V HASTA CLEMENTE VII)

1414	Concilio de Constanza. Fin del cisma de Occidente.	1455-58	Papa Calixto III (Alfonso Borghia).
1417	11 de noviembre: elección de Martín V (Otón Colonna).	1455	Bula de cruzada contra los turcos.
1431-47	Papa Eugenio IV (Gabriel Condulmer).	1458-64	Papa Pío II (Eneas Silvio Piccolomini).
1431-49	Concilio de Basilea.	1462	Prohibición de la comunión con el cáliz.
1436	Paz con los husitas.	1464-71	Papa Pablo II (Pedro Barbo).
1437	18 de septiembre: Eugenio IV traslada el concilio de Basilea a Ferrara.	1471-84	Papa Sixto IV (Francisco della Rovere).
1438	Concilio de Ferrara, traslado a Florencia (1439) y a Roma (1443).	1480	Aprobación de la Inquisición española.
1439	16 de mayo: el concilio de Basilea eleva a dogma la autoridad del concilio y declara (25 junio) depuesto a Eugenio IV. 6 julio: bula <i>Laetentur coeli</i> , sobre la unión con la Iglesia griega. 4 septiembre: bula <i>Moisés</i> , en que se condenan los decretos de reforma y excomunión de los participantes en el concilio por Eugenio IV. 22 noviembre: bula <i>Exultate Deo</i> , sobre la unión con la Iglesia armenia. Fijación de los siete sacramentos.	1484	Papa Inocencio VIII (Juan Bautista Cibo).
1443	28 septiembre: Eugenio IV regresa a Roma.	1490	Congreso en Roma para una cruzada contra los turcos.
1447-55	Papa Nicolás V (Tomás Parentucelli).	1503	Papa Pío III .
1448	Fracaso definitivo del movimiento conciliar.	1503-13	Papa Julio II .
1449	Disolución del concilio.	1507	Promulga una bula de indulgencias para la reconstrucción de la iglesia de San Pedro.
1450	Fundación de la Biblioteca Vaticana.	1509	Nace Calvino en Noyon (Picardía).
		1512-17	V Concilio Lateranense.
		1517	31 octubre: Lutero fija sus 95 tesis contra las bulas en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg.
		1520	El papa declara a Lutero hereje.
		1522-23	Adriano VI , último papa no italiano.
		1522	Comienza la actividad reformadora de Zuinglio en Zurich.
		1523-34	Papa Clemente VII .
		1526	Dieta de Espira: bases jurídicas de la Iglesia territorial evangélica.
		1527	"Saco de Roma".

un núcleo de personas adictas a la familia reinante, Sixto IV hubo de creárselo artificialmente, repartiendo entre sus parientes los altos cargos de la curia. He aquí, pues, ya el nepotismo (o favoritismo de los sobrinos, *nipotes*) elevado a una norma política casi inevitable para el pontificado. Cada papa, al ser elegido, se encontraba rodeado de funcionarios que le miraban como a un usurpador recién llegado, pues resultaba harto frecuente que fueran parientes del papa difunto.

Por esto, Sixto IV, apenas sentado en el trono pontificio, nombró cardenales a sus sobrinos Giuliano della Rovere y Pietro Riario, hijos de una hermana, de veintiocho y veinticinco años respectivamente. Ante las inútiles protestas del colegio de cardenales, el papa fue aumentando los beneficios de sus sobrinos. El cardenal Riario acumuló, en poco tiempo, los obispados de Treviso, Sinigaglia, Spalato, Mende y Florencia, la abadía de San Ambrosio de Milán y hasta el patriarcado, puramente honorario, de la turca Constantinopla. Con estos honores y sinecuras, las rentas del cardenal Riario eran de 60.000 ducados al año; vivía en un palacio grandioso, rodeado de un lujo que deslumbraba hasta a los mismos romanos.

Sixto IV empezó también la política de matrimonios entre sus parientes y miembros de las familias reinantes. Así creía formar lazos de amistad y alianzas políticas que protegieran al pontífice y a sus estados. Naturalmente, estas actividades *mundanas* de Sixto IV pronto levantaron un diluvio de protestas. Se empezó a hablar de un nuevo concilio para reformar la Iglesia; al papa se le llamó "vicario del demonio", "ministro de adulterio", "piloto que lleva la barca de la Iglesia a la isla de Circe", etc. Pero el pontífice continuó su política de agresión, apoyado en caudillos de fortuna y en sus parientes. Sixto IV murió en 1484, tras un pontificado de trece años, y pasó a la posteridad con este elogio de Maquiavelo: "Fue el primer pontífice que demostró la fuerza del papado, y cosas que antes llamábamos errores fueron convertidas en virtudes por aquel papa".

Palacio del cardenal Riario, hoy Palacio de la Cancillería, en Roma. Sixto IV fue el primero de los papas en practicar el nepotismo, o ayuda desmesurada a sus familiares. Uno de sus sobrinos (nipotes) fue Pietro Riario, que en poco tiempo acumuló grandes honores y beneficios, cuyas rentas le permitieron vivir en este palacio grandioso, rodeado de extraordinario lujo.





En septiembre de 1515, tras la batalla de Marignano, Francia recuperaba el Milanesado. El nuevo rey, Francisco I, recogía el fruto del esfuerzo de Luis XII por hacerse una posición en Italia y a la vez el cansancio de tantas guerras (ininterrumpidas desde 1493). Cierta equilibrio parecía instaurarse en la península italiana: Francia en el Norte, España en el Sur; dos potencias italianas, Venecia y los Estados pontificios, dominando la política de las restantes. La firma de la paz de Noyon, en 1516, entre España y Francia da cierta viabilidad a este "statu quo". Pero muy pronto, con Carlos I, crece la importancia estratégica del Milanesado, que es entonces el paso entre el Imperio alemán y el reino de España: las guerras de Italia vuelven a empezar.

Durante el pontificado de Sixto IV el colegio de cardenales perdió su carácter de asamblea consultiva y el papa ejerció un poder absoluto. Los cardenales, príncipes de la Iglesia, se contentaron con el lujo y las distracciones propias de una pequeña corte de favoritos. El largo pontificado de Sixto IV le permitió crear treinta y cinco cardenales a su gusto y al ocurrir su muerte sólo quedaban cinco de los elegidos por sus predecesores. Naturalmente, los escogidos por Sixto IV eran personas que debían conformarse en un todo con sus nuevos procedimientos; muy pocos merecían respeto por su piedad o cultura. De todos modos, en mayo de 1473, al querer el papa legitimar a uno de sus bastardos, halló resistencia en el colegio cardenalicio. El cardenal Ammannati escribió al cardenal Borgia, después

Alejandro VI, que era de los antiguos: "No hemos podido conseguir que desistiera de su propósito, pero lo ha demorado. Tal es la fuerza de carácter del papa, que será maravilla que escapemos a su venganza". Roma, durante el pontificado de Sixto IV, empezó a ser la ciudad de los venenos y del asesinato misterioso. En cambio, el papa despótico, con recursos ilimitados, acometió obras públicas importantes. La vía Sixtina y el puente Sixto llevan aún el nombre del pontífice que los construyó. Sin ser personalmente aficionado a la literatura, Sixto IV continuó el engrandecimiento de la Biblioteca del Vaticano, que a su muerte contaba con unos 2.500 manuscritos. Igualmente patrocinó las otras artes; era acaso el primer deber cívico a que se sentía obligado, como buen magnate del Renacimiento.



La política de Sixto IV fue continuada por Inocencio VIII, sucesor suyo, aunque con menor acometividad; pero no porque quisiese espiritualizarla, sino porque el nuevo pontífice no tenía la fuerza de carácter de su antecesor. Inocencio VIII continuó, en cambio, las liberalidades de Sixto IV, protegiendo a su familia. Como el papa había tenido hijos antes de recibir órdenes, el Vaticano empezó a presentar el extraño espectáculo de un pontífice rodeado de bastardos legitimados. "*Primus pontificum filios filiasque palam ostentavit; primus eorum apertas fecit nuptias; primus domesticos hymenaeos celebravit*", dice Egidio de Viterbo.

Con estos antecedentes, ya no parecerá tan escandalosa la historia del pontificado del segundo papa de la familia Borgia, Alejandro VI. Los Borgias (o Borjas) eran de origen valenciano, de la ciudad de Játiva, pero habían pasado a Italia cuando la conquista de Nápoles por Alfonso V. El primer papa Borgia, el ya citado Calixto III, fue un pontífice de la vieja escuela, de moralidad irreprochable. Era un legista, y poco aficionado al género de vida nueva que veía por doquier en Italia. Su pontificado fue corto, y casi no sería recordado por la historia si no hubiera hecho cardenal a su sobrino Rodrigo, quien, al subir al solio pontificio años más tarde, tomó el nombre de Alejandro VI y extremó aún más el despotismo y el libertinaje que habían iniciado Sixto IV e Inocencio VIII.

Al ser elegido papa Alejandro VI, el año 1492, hacía más de treinta y cinco años que era cardenal y había servido en la curia durante cinco pontificados. Pasaba ya de los sesenta, pero era todavía excesivamente robusto, "de buen parecer y habla encantadora". Comía mucho, pero le bastaba un solo plato, bien abundante, en cada comida. Desde joven su debilidad había sido su naturaleza, demasiado afectuosa, que le había hecho caer en graves desórdenes. Ya en Valencia, siendo un muchacho, había tenido hijos; en Roma, siendo ya cardenal, había reconocido como hijos suyos a Juan, César, Lucrecia y Jofré, cuya madre se llamaba Vannozza Catanei. Esta mujer no fue admitida nunca en el Vaticano, por lo que hubo de presenciar desde lejos las andanzas y grandezas de los suyos, sin hacer manifesta-

Alejandro VI, por Pinturicchio
(*Estancias de los Borgias, Vaticano*).
Era sobrino de Calixto III,
quien le encumbró a elevados puestos
eclesiásticos. Papa en 1492, extremó aún
más el nepotismo en favor de sus hijos.



Vista de Játiva, la patria de origen de los papas Calixto III y Alejandro VI.

ciones que pudieran perjudicarles. Sin embargo, en una carta a Lucrecia se firma así: "Tu feliz e infeliz madre, Vannozza Borgia". El apellido Borgia, que usa la Vannozza en este documento privado, suena más extraño porque entonces ya se le había procurado, como marido acomodaticio, un escribiente de la Penitenciaría.

Los cuatro hijos romanos de Rodrigo Borgia y la Vannozza eran ya crecidos cuando fue elegido papa. El menor, Jofré, tenía doce años; César, el mediano, destinado por su padre a la carrera eclesiástica, pronto fue elegido cardenal; tenía entonces dieciocho años. El mayor, Juan, segundo duque de Gandía, casó con una prima de los Reyes Católicos que había sido mujer de su hermanastro Pedro Luis, primer duque de Gandía. Lucrecia se educaba bajo la dirección de Giulia Farnesio, dama de aristocrática alcurnia, pero arruinada. Se murmuraba en Roma que Alejandro VI mantenía una amistad íntima con la que podríamos llamar institutriz de su hija. Lo cierto es que Alessandro, el hermano de Giulia, fue creado cardenal y que desde este momento empezó la fortuna de los Farnesios.

Estos son, pues, los personajes del drama de los Borgias, que, con su escándalo, acelera la Reforma. Pero, como ya hemos dicho, ninguna de las acusaciones formuladas contra Alejandro VI eran completamente nuevas en Roma. Procedía como un tirano italiano y se preocupaba por engrandecer a sus hijos, como lo habían hecho sus antecesores. En junio de 1492 se efectúa el primer casamiento de Lucrecia con Giovanni Sforza, señor de Pésaro, y con este casamiento se iniciaban las alianzas de la familia Borgia con otras familias poderosas. La boda fue celebrada en el Vaticano y hubo entonces regocijos que algunos encontraron poco apropiados para aquel lugar. Este primer matrimonio de Lucrecia hubo de ser el principio de su leyenda. Giovanni Sforza abandonó Roma en secreto, según él dijo atemorizado por César, al que tachaba de incestuoso. Este es uno de los supuestos crímenes de los Borgias, pero Sforza no dio ninguna prueba de sus acusaciones contra César, y el papa declaró nula la unión basándose en la incapacidad del marido. Además, para explicar la intervención de César en este negocio no hace falta aceptar los infames motivos

MAQUIAVELO Y "EL PRÍNCIPE"

Maquiavelo es una gran figura italiana no sólo por sus obras, fundamentales incluso hoy, sino por toda su vida; de todos los italianos de su tiempo, él es quien mejor traduce el deseo de ver nacer un estado italiano unitario y quien, mejor que nadie, con gran clarividencia y obstinación señala el mayor obstáculo para ello: el estado pontificio. De todos los florentinos de su época, es quizás el único para quien es válida la frase que él mismo repite en una carta a su amigo Vettori: que amaba más a su patria que a su alma.

En su finca "L'Albergaccio", en los alrededores de Florencia, después de la caída de la República florentina y del retorno de los Médicis, privado del ejercicio de su cargo de segundo canciller, se dedica de lleno a la observación lúcida de todos los acontecimientos, lo que le permite centrar el aspecto esencial y determinante de un fenómeno, interesarse y "transferirse por entero" en él, establecer con las cosas una relación directa, mezcla de lucidez y pasión, a la que no sabe ni puede renunciar.

Los rumores de que el papa León X (Juan de Médicis, hijo del Magnífico) proyectaba crear un estado para sus sobrinos Giuliano y Lorenzo impulsó a Maquiavelo a interrumpir la redacción de sus comentarios sobre Tito Livio y a empezar rápidamente un nuevo tratado, del que en una famosa carta a Francesco Vettori, fechada el 10 de diciembre de 1513, habla en estos términos: "...He compuesto un opúsculo, *De Principatibus...*, en el que expongo qué es el principado, de cuántas clases puede ser, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden...".

Este tratado, que quiere ser al mismo tiempo razonamiento y acción, diagnóstico y profecía, fruto del pensamiento y expresión política militante, recoge y da forma sistemática a los resultados esenciales de la especulación teórica del secretario florentino, pero no pierde nunca de vista la situación histórica de la Italia de principios del siglo XVI, culminando con una exhortación a coligar las fuerzas aún vivas de la nación para liberar de los bárbaros la península: Italia, "más esclava que los hebreos, más sujeta que los persas y más dispersa que el pueblo ateniense, sin jefe, sin orden, vencida, despojada, desgarrada y asolada", es un terreno propicio para que surja un intelecto animoso que asuma la tarea de sanar sus heridas "y ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las matanzas de Reggio y de Toscana, y sane aquellas llagas que la infectan desde hace tiempo". Venga, pues, el nuevo redentor y se verá como en los italianos viven aún intactas las virtudes militares, la destreza, el ingenio

natural, y cuán grande es su sed de venganza contra la crueldad y violencia del invasor.

Lorenzo, hijo de Pedro de Médicis, nieto del Magnífico, a quien Maquiavelo dedica su tratado, no era la persona más idónea para encarnar el ideal de príncipe descrito por el secretario florentino; pero tampoco las circunstancias eran demasiado propicias a la realización de su magnífica utopía.

La dedicatoria dice así: "Quienes desean adquirir los favores de un príncipe suelen presentarle aquellas cosas que más estiman o en cuya posesión saben que más se deleita... Deseando yo obsequiar a vuestra Magnificencia con una prenda de mi sumisión, no hallé en mi caudal cosa más querida, o que yo tenga en mayor estima, que el conocimiento de los grandes estadistas, adquirido por mí a costa de una dilatada experiencia de los hechos modernos y mediante la continua lectura de los antiguos..." El texto empieza por analizar los distintos procesos de constitución de los principados, su capacidad de lucha, los problemas generales de la vida interna de un estado, y al llegar al capítulo XV, cuando comienza el análisis de la persona misma del príncipe, Maquiavelo tiene plena conciencia de decir cosas que nadie se ha atrevido antes a decir: polemizando contra filósofos y escritores que han escrito sobre política imaginando "repúblicas y principados jamás vistos y que nunca existieron", afirma que pretende "escribir cosas útiles a quien las lea", "ir directamente a la verdad efectiva de las cosas" y no "a lo que se puede imaginar de ellas", y así recuerda que es mejor ser tenido por avaro que por liberal y tener luego que gravar a los súbditos con impuestos; mejor ser cruel a tiempo que inútilmente piadoso; mejor ser temido y respetado, que amado y no suficientemente respetado; "los hombres tienen menos reparos en ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el amor se conserva por el solo vínculo de la obligación, la cual, debido a la perversidad humana, rompe toda ocasión de interés personal; pero el temor se conserva por miedo al castigo, que no te abandona jamás". Llegan así los preceptos del famoso capítulo XVIII, el más discutido y criticado: el príncipe ha de saber ser zorro y león a un mismo tiempo y no debe cumplir la palabra dada "cuando tal cumplimiento puede redundar en su perjuicio y no existen ya las razones que se le hicieron empeñar"; ha de parecer "piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso", pero debe también saber no serlo; en conclusión, predica la necesidad de "no apartarse del bien mientras sea posible, pero saber entrar en el mal cuando sea necesario", y

esto porque en las acciones de los hombres se "considera sólo su fin. Procure, por lo tanto, el príncipe vencer los obstáculos y conservar el estado, porque sus medios se tendrán siempre por hermosos y merecerá la alabanza general". Más adelante, el carácter teórico general se ejemplifica con el estudio de la situación italiana del momento, mediante el examen de las causas por las cuales los príncipes italianos han perdido sus estados, seguido de un análisis de la fortuna y de si la energía y capacidad del hombre pueden o no resistir a ella. Comparando la fortuna con un impetuoso río, dice: "Ejerce su poder donde no existe precaución para resistirla, dirigiendo su violencia hacia el lugar en que sabe que no hay espigones, diques ni reparos que la contengan". Y la conclusión, que en Italia le será posible a un príncipe prudente y "virtuoso", es decir, capaz, crear un nuevo y fuerte estado que pueda proteger a Italia contra la invasión de los "bárbaros".

El tratado, que hasta aquí había sido frío, lúcido e implacable, se cierra con un grito apasionado, los versos de Petrarca: "Virtud contra Furor / Tomará las armas; y el combate será breve, / Que el antiguo valor / No ha muerto aún en los itálicos corazones".

El Príncipe es una clara expresión de pensamiento político; toda consideración moral o religiosa queda aparte; lo que "debería ser" cede ante lo que "es", ante la consideración de la realidad tal cual es, sin preocupaciones de reforma, "porque hay tanto trecho de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien lo que le arruinará que lo que le preservará". La única voz que se oye es la del interés del estado, representado en la persona del príncipe, con lo que las normas teóricas encuentran ejemplarización en algunas figuras de grandes príncipes como César Borgia o Fernando el Católico, del que, por ejemplo, dice: "No predica más que paz y buena fe, siendo muy enemigo de ambas; pero si hubiese observado una y otra, hubiera perdido en muchas ocasiones la reputación o el Estado".

Maquiavelo no crea nada nuevo en política; como él mismo dice, se atiene únicamente a la "verdad efectiva de las cosas", a lo que la observación de la realidad que le circunda y la historia de los grandes hombres le han enseñado.

El único valor teórico de Maquiavelo es su realismo político, el escándalo que suscitan sus juicios sobre la naturaleza humana; es el hombre que ha afirmado tajantemente la incompatibilidad entre política y moral.

H. P.



Plano de Roma a mediados del siglo XVI (Biblioteca del monasterio de El Escorial).

que propaló: Giovanni Sforza. Con los años que llevaba Alejandro VI de pontificado, los Borgias habían ido creciendo en ambición, y el señor de Pésaro era ya un pobre marido para la hija del papa. Pronto se le encontró partido mucho mejor, nada menos que el duque de Biseglia, hijo natural del difunto rey de Nápoles. Este segundo casamiento de Lucrecia se celebró también en el Vaticano, pero la boda no pasó de ser una fiesta de familia.

Acaso la razón fue que poco antes había ocurrido el asesinato del duque de Gandía, el segundo de los hijos del papa, lo que había sumido a éste en profunda consternación. Una noche de junio del año 1497, Juan, duque de Gandía, había ido a cenar a casa de su madre, la Vannozza, y al regresar al Vaticano despidió a sus compañeros para ir al encuentro de una persona enmascarada que le esperaba cerca del río. Lo que ocurrió después nunca se ha puesto en claro. Se acusó también a César del asesinato, acaso porque así desaparecía un obstáculo a sus ambiciones. El cadáver del duque de Gandía fue extraído del fondo del Tiber, degollado y con graves heridas por todo el cuerpo. Su





Una de las estancias Borgia en el Vaticano, llamadas así por haber sido mandadas construir por el papa Borja.

bolsa, con treinta ducados, se encontró intacta; ciertamente, el criminal no era un asesino vulgar; pero no había ningún indicio de que fuese César quien cometió el crimen. En esta ocasión Alejandro VI, dejándose llevar de su afectividad desordenada, dio muestras de un dolor sin límites. Estuvo tres días llorando y sin querer tomar ningún alimento. Comunicó su pena al colegio de cardenales en estos términos: "Han muerto al duque de Gandía. Nuestro dolor es explicable, porque le queríamos tiernamente. Ya no apreciamos en nada el ser papa, ni cualquiera otra cosa. Si tuviéramos siete tias, las daríamos para volverle a la vida. Puede que el Señor haya querido castigarme por mis pecados, puesto que él no merecía ciertamente una muerte tan cruel".

Pero la naturaleza sanguínea de Alejandro VI no le permitió caer en lo que llama-

ríamos enfermedad de la melancolía. El embajador veneciano describía en estos términos a Alejandro VI: "El papa, aunque ya tiene setenta años, parece cada día más joven. Las preocupaciones no le duran más que una noche; le gusta la alegría del vivir y de todo saca partido en su provecho". Con semejante temperamento, no es de extrañar que Alejandro VI olvidara luego la muerte de su hijo mayor y empezara a trabajar por el engrandecimiento de los que le quedaban. Pronto Lucrecia, acaso inocentemente, dio ocasión a otro escándalo. Vivía ella y su marido, el duque de Biseglia, en el Vaticano, y esta vez es positivo que César hubo de reñir con su cuñado. La audacia, el ímpetu, la resolución de César debieron de enojar al esposo de Lucrecia, y César quizá trataba con poco respeto al duque, que no tenía más mérito que el de su sangre real. Un día

de julio de 1500 el duque de Biseglia fue acometido por unos asesinos, que lo dejaron malherido en las gradas de San Pedro.

El marido de Lucrecia escapó de la muerte, pero acusó del crimen a César, su cuñado. Poseído de indignación y rabioso por vengarse, el duque de Biseglia, todavía convaleciente del atentado, disparó una flecha contra César en ocasión de que éste paseaba descuidado por los jardines del Vaticano. Esto fue bastante para que César ordenara su muerte; sus criados entraron en las habitaciones del duque y lo degollaron allí mismo. La rapidez con que obró César en esta ocasión hubo de aumentar sus méritos como hombre de estado. El embajador veneciano, que observaba los sucesos desapasionadamente, hace este comentario, refiriéndose a César: "Si no le matan antes, será uno de los primeros capitanes que tendrá Italia".

La robustez de César era proverbial. Escapó de un ataque de sífilis con tanta facilidad, en 1497, que su médico Gaspare Torrelle le dedicó su tratado sobre la *Pudendagra*, diciendo que César podía ser considerado como bienhechor de la humanidad: su caso había arrojado mucha luz para la cura del morbo gálico.

Lucrecia no estuvo viuda más que un año, residiendo durante este tiempo decorosamente en el Vaticano. Hasta en una ocasión en que el papa fue a visitar unas tierras que había arrebatado a la familia Colonna, Lucrecia quedó autorizada para abrir y despachar la correspondencia del pontífice; en casos graves, debía consultar a un cardenal. Lucrecia tenía entonces veintidós años. Aunque había perdido ya dos maridos, era muy jovial y aficionada a la danza. Al hacerse público sus desposorios con Alfonso de Este, duque de Ferrara, que fue su tercer esposo, hubo en Roma bailes y banquetes, con las corridas de toros indispensables en todas las fiestas de los Borgias. Lucrecia acabó sus días en Ferrara, muy estimada por su marido y sin haber dado motivo a ninguna murmuración.

Estos son los crímenes de los Borgias, que sorprenden no poco por una falta de hipocresía y un talento para la acción que en aquella época hubieran sido cualidades recomendables para otros que no hubiesen pertenecido a la familia del pontífice. En cuanto al famoso veneno de los Borgias, es muy dudoso que tuvieran éstos una receta tan eficaz como se murmuró en su tiempo. La charlatanería del siglo XV privaba tanto para el arte de curar como para el de matar con magia o envenenamiento. Las recetas de venenos que usaba la República de Venecia no contienen más que antimonio, opio, arsénico y acónito, que sólo en grandes dosis



Lucrecia Borgia a los diecisiete años, según fresco del Pinturicchio en una de las estancias de los Borgias en el Vaticano.

podrían acabar con una persona. Pero tal fue el pánico que en Roma infundieron César y su padre, que bastaba que un cadáver presentara manchas o se descompusiera pronto para atribuirlo al fulminante veneno, del que nadie se escapaba si era enemigo de los Borgias.

Más grave es la acusación de que Alejandro VI trató de crear un estado independiente para César y de que, con este objeto, empleó sin consideración el dinero de la Iglesia. Ya en 1498, esto es, cinco años después de haber sido creado cardenal, César renunció a sus dignidades eclesiásticas y recobró su independencia como príncipe laico. La deposición fue completamente legal; César pidió al colegio cardenalicio que le relevara de sus obligaciones, ya que su carácter no era adecuado para servir a Dios como ordenado; era sólo diá-

Supuesta representación de César Borgia, en uno de los frescos del Pinturicchio que decoran las estancias Borgia del Vaticano.



cono, pero los cardenales, excusándose, acordaron que el papa resolviera el asunto. Alejandro VI consintió en lo que pedía su hijo, teniendo en cuenta las necesidades espirituales del postulante.

César inmediatamente pasó a Francia para casarse con una princesa real, Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. Desde entonces César llevó el título de duque de Valentinois, como muestra de sus nuevas inclinaciones políticas. Asegurada así la neutralidad, y hasta el apoyo de Francia, César empezó a formarse un estado en Italia, empresa entonces relativamente fácil. Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo varios aventureros de fortuna habían conseguido

desposeer a antiguos señores, sin disponer de tantos recursos como los que podía emplear el hijo del papa. Además, César, personalmente, era capaz de todo, y se alababan mucho "su modestia, prudencia, destreza y excelencia de cuerpo y de alma". Para la primera campaña de César contra Imola y Forlì, el papa pidió prestados a Milán 45.000 ducados. Además de los mercenarios que César reclutó con esta suma, disponía de 4.000 gascones que le facilitó su cuñado el rey de Navarra. Después de su primera conquista, César entró triunfante en Roma, siendo recibido por su viejo padre, que reía y lloraba de júbilo. *Lacrymavit et risit...* César contó sus hazañas al papa, en valenciano, y

éste le respondió en la misma lengua. Después, para festejarlo debidamente, se dispuso una mascarada en la que se representó un triunfo de Julio César.

Al año siguiente César conquistó a Faenza, Rimini y Pésaro. Este territorio, agregado al del año anterior, justificaba ya que el papa concediera a su hijo el título de duque de la Romagna. En 1502 se apoderó de Urbino y empezó a negociar una alianza con Florencia, que lindaba ya con sus estados. Los florentinos enviaron, para concertar su amistad con el nuevo señor italiano, al obispo de Volterra, acompañado de un letrado llamado Nicolás Maquiavelo, de quien tendremos que hablar más adelante. Maquiavelo pudo advertir luego la falta de escrúpulos de César Borgia, pero también dióse cuenta de su gran talento.

Las conquistas de César en Romagna no sólo coligaron contra él a los antiguos señores, desposeídos de sus ciudades, sino a otros que preveían que la ambición de los Borgias no se satisfaría con un sector de la península italiana. Para hacer frente a la coalición hacían falta recursos; pero entonces, muy afortunadamente, falleció el cardenal Ferrari, que era excesivamente avaro y había acopiado una gran fortuna. El papa confiscó su hacienda, que pasaba de cincuenta mil ducados, y también en este caso se habló de veneno. Tal era el poco afecto que merecía el cardenal difunto, que el comentario de las gentes de Roma fue a decir que "la tierra tenía su cuerpo y el papa sus dineros, pero el infierno poseía su alma".

La población de Roma ha sido siempre muy aficionada a epigramas de esta clase, y aunque en esta época fueron siempre desfavorables a los Borgias, el pontífice, que mostró siempre gran jovialidad en sus intemperancias, también permitía que todo el mundo dijera lo que quisiese. A nadie castigó por haber publicado libelos injuriosos; no parece sino que el asesinato oficial fuese un régimen de gobierno, pero no se mencionan nunca, en la leyenda de los Borgias, prisiones horribles, como los Plomos de Venecia.

San Bernardino de Siena y san Antonio Abad, en pintura del siglo XV conservada en el museo del monasterio de Santa María de Montserrat (Barcelona).

Los males de la Iglesia de los siglos XV y XVI produjeron casos de profetismo y misticismo.

Las predicaciones de san Bernardino de Siena daban origen a excitaciones piadosas entre los oyentes, pero no sublevaban sus ánimos, como las de Savonarola.



Medalla con la efigie de Savonarola, grabada en Italia en el siglo XV (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). Las predicaciones de Savonarola fustigaban las conquistas del Renacimiento y acabaron atacando a Alejandro VI.



Al que abusaba de la libertad, se le concedía una muerte sin torturas.

El papa consideraba consecuencia natural del éxito el ser atacado por los celos que envidiaban sus triunfos. César no tenía tanta paciencia; su mismo padre lo reconocía: "César es de buen corazón, pero no puede sufrir que le insulten—decía al embajador de Ferrara—; yo le repito a menudo que Roma debe ser una tierra donde todo el

mundo tenga libertad para decir o escribir lo que quiera. A pesar de cuanto se llega a decir de mí, yo no persigo a nadie". Sin duda esta libertad para calumniar contribuía a crear la leyenda de los Borgias. Al papa se le llamaba el Anticristo, un segundo Mahoma, y se le culpaba de simonía para comprar las joyas de Lucrecia; pero él nunca se enfadaba. Cuéntase que tenía la costumbre de hacerse leer todos estos documentos calumniosos, comentándolos con jovialidad.

No hubo tampoco, en tiempo de Alejandro VI, persecuciones disciplinarias, por herejías u otros desórdenes teológicos. Ya se comprende que los males de la Iglesia debían producir, como reacción, casos de profetismo y misticismo. En el siglo XV predicadores como san Bernardino de Siena, san Antonino, Savonarola, produjeron una excitación piadosa en las multitudes que podía resultar extremada. Sin embargo, Savonarola fue el único a quien el papa tuvo empeño en reducir, porque mantenía en Florencia una agitación poco favorable a su política. Savonarola no era florentino, no había participado en el generoso esfuerzo del Renacimiento; había llegado del norte de Italia y todo en Florencia le parecía mal. Logró cambiar el régimen de gobierno y por su

EL RENACIMIENTO PICTORICO EN ITALIA Y PAISES TRASALPINOS

	ITALIA	ALEMANIA	FRANCIA	PAÍSES BAJOS
Prerrenacimiento	P. della Francesca (1416-1492) B. Gozzoli (1420-1497) G. Bellini (1428-1516) A. Pollaiuolo (1429-1498) A. Mantegna (1431-1506) A. Verrocchio (1435-1488) L. Signorelli (1441-1523) S. Botticelli (1444-1510) P. Perugino (1450-1523) V. Carpaccio (1455-1526) F. Lippi (1457-1504)	M. Schongauer (1430-1491) M. Wolgenut (1434-1519) M. Pacher (1435-1498)	N. Froment (1435?-1484) H. Bellechose (1450) Maestro de Moulins (segunda mitad s. XV)	J. Memling (1434-1494) G. David (1460?-1523) H. Bosch (m. 1516)
Pleno Renacimiento	L. da Vinci (1459-1519) Fra Bartolomeo (1472-1517) Tiziano (1477-1576) Giorgione (1478-1510) Rafael (1483-1520) A. del Sarto (1486-1530)	Holbein el Viejo (1465-1524) M. Grünewald (1470-1528) A. Dürer (1471-1528) L. Cranach (1472-1530) A. Altdorfer (1480-1538) H. Baldung (1483-1545)		Q. Metsys (1465-1530) J. Patinir (1480?-1524)
Manierismo	Miguel Angel (1475-1564) A. Correggio (1494-1534) L. Pontormo (1494-1555) A. Bronzino (1503-1572) G. Vasari (1511-1572) Tintoretto (1518-1594) P. Veronese (1528-1588)	Holbein el Joven (1497-1541)	F. Clouet (1522-1572) Escuela de Fontainebleau Pintores italianos en Francia	L. de Leyden (m. 1533) J. de Claves (m. 1540) H. Kerk (1498-1575) P. Brueghel (1525-1569)



Suplicio de Savonarola y sus compañeros en la plaza de la Señoría de Florencia (Museo de San Marcos, Florencia). La disputa entre Savonarola y Alejandro VI se agrió hasta el punto de que el papa consiguió que Savonarola fuera juzgado y ejecutado.

Dos acontecimientos políticos —la crisis florentina a la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492), con la predicación de Savonarola; el saco de Roma (1527)— hacen desplazar el centro vital del arte italiano, en el primer caso, de Florencia a Roma; en el segundo, de Roma a Venecia. Así, mientras la capital indiscutible del Quattrocento es Florencia, de 1498 a 1527 los grandes artistas —Bramante, Miguel Angel, Rafael— trabajan preferentemente en Roma. Después del saco de Roma, Venecia se convierte en la capital del bajo Renacimiento —Sansovino, Palladio, Tiziano, Veronés, Tintoretto—. El apogeo político del estado pontificio corresponde a su apogeo artístico.



POLITICA ITALIANA DE LUIS XII DE FRANCIA

- | | | |
|--|--|--|
| <p>1498 7 de abril: el duque Luis de Orleáns sucede a su primo Carlos VIII.</p> <p>1499 Luis XII emprende una campaña contra el duque de Milán.</p> <p>1501 En junio, Luis avanza de Milán a Nápoles: los franceses ocupan Roma y Nápoles.</p> <p>1503 Los españoles en Nápoles; en abril derrotan al ejército de Aubigny en Seminara.</p> <p>1504 Armisticio franco-español. Nápoles cae en poder de España. Por el tratado de Blois, el 22 de septiembre, Luis se alía con el emperador Maximiliano y su hijo Felipe el Hermoso. Después de la muerte de Isabel de Castilla, Luis se aproxima a Fernando II de Aragón.</p> | <p>1507 En junio, acuerdo de Savona con Fernando.</p> <p>1508 Campaña de Maximiliano en Italia: el emperador acuerda un armisticio con Francia y Venecia. En diciembre, tratado de Cambrai contra Venecia; el papa excomulga a la República.</p> <p>1509 Derrota de Venecia cerca de Agnadello. El papa negocia con Venecia.</p> <p>1510 En Tours, el clero francés se declara contra el papa.</p> <p>1511 4 de octubre: constitución de una Santa Liga contra Francia, formada por España, Inglaterra y Venecia.</p> <p>1512 El 11 de abril, victoria de Gastón de Foix en Ravena; los suizos intervienen en el conflicto italiano.</p> <p>1513 Luis concluye un armisticio con</p> | <p>Fernando y se alía con Venecia. El 6 de junio, derrota de Novara; Luis tiene que salir de Milán. Los ingleses desembarcan cerca de Calais; los franceses son derrotados en Guinegate. Los suizos penetran en Borgoña. Tratado de Dijon: renuncia a Milán y Asti.</p> <p>1514 Muerte de la reina Ana de Bretaña. Luis se casa ahora con María, hija de Enrique VII de Inglaterra, de 17 años de edad. Se rompen las buenas relaciones con Enrique VIII.</p> <p>1515 1 de enero: Luis XII muere en París.</p> |
|--|--|--|

consejo se adoptó un tipo de democracia parecida a la de Venecia.

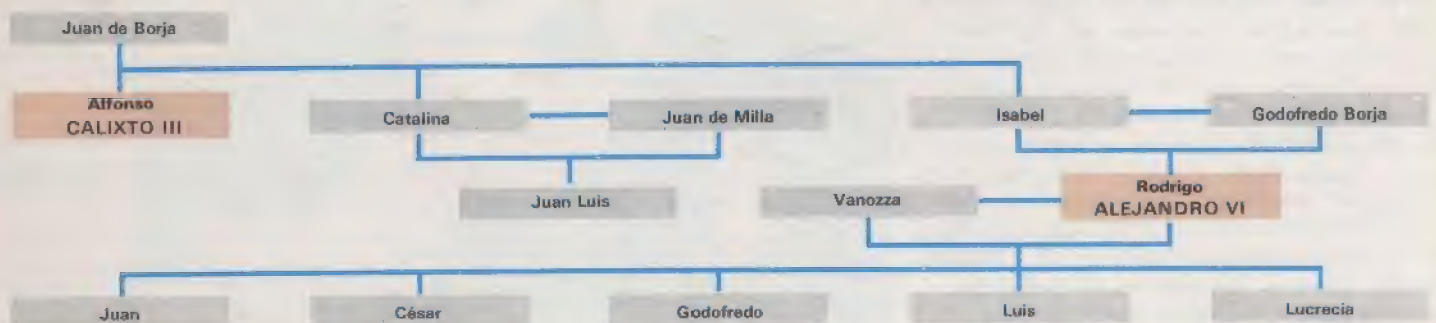
Savonarola era dominico y, como tal, no podía ejercer influencia en el pueblo sino por medio de sus sermones. Pero en éstos se presentaba como el enviado de Dios y se comunicaba sus visiones desde el púlpito. Veía el infierno; veía al Señor, que le decía lo que había de hacer; profetizaba el futuro, y a veces lo adivinaba. Los florentinos, que estaban enervados por el esfuerzo de un siglo de alta tensión espiritual, lloraban arrepentidos al escuchar al rudo predicador que les reprochaba iracundo sus pecados. A instancias de Savonarola, quemaban *vanidades*, que no eran sino cuadros, libros, objetos de arte, todo lo frívolo y lascivo que había sido el ideal del Renacimiento por varias generaciones.

Tal era la intemperancia de aquel dominico, que el papa le llamó a Roma, para que explicara allí sus profecías. Savonarola no

obedeció; se limitó a enviarle un *Compendio de revelaciones*. Este título no era para tranquilizar a nadie, y menos a un pontífice como Alejandro VI. El papa no comprendía cómo Florencia podía tomar en serio a aquel fraile charlatán, a quien él llamaba *el parabolano*, que quiere decir el que habla por parábolas.

Sin embargo, con su sentido práctico, el papa trató de conquistar a Savonarola ofreciéndole el cardenalato. El fraile profeta rehusó, pidiendo, en cambio, el martirio: "No quiero un capelo rojo, quiero sangre roja", contestó en un sermón. El papa excomulgó a Savonarola, y éste protestó publicando un voluminoso libro de teología llamado *El triunfo de la Cruz*. Continuó celebrando misa y predicando, y lo hizo ya en términos tales que los hubiera podido aprobar el mismo Lutero: "Dios gobierna al mundo por medio de agentes que pueden equivocarse. Para conocer si los ministros

GENEALOGIA DE LOS BORJAS (en italiano, Borgias)



de Dios se equivocan, observemos cómo viven. Si no practican la caridad y las buenas obras, no estamos obligados a obedecerles". La doctrina de decidir los excomulgados si eran injustas las excomuniones, sobre todo las que venían de un papa de vida nada ejemplar, como Alejandro VI, está llena de graves peligros. Savonarola, por otra parte, no tenía un programa bien definido de reformas; pedía un concilio, pero también comprendía que un concilio con los representantes de una Iglesia corrompida no podía ser de grandes consecuencias. Quería también el restablecimiento de la dignidad eclesiástica y que se devolvieran al colegio de cardenales sus facultades de senado de Dios en la curia romana; pero ya hemos visto que todo esto era contrario a las corrientes de la época. El era el primero en no cumplir todo lo que predicaba.

El mismo Savonarola facilitó la solución del problema insoluble que presentaba al papado con su rebeldía. Hasta un pontífice inmoral, como Alejandro VI, tenía que acabar con el excomulgado si éste se resistía a retractarse. Por fortuna, de la profecía al don de hacer milagros hay un paso, y Savonarola se alabó de poder confirmar con la prueba del fuego que Dios estaba de su parte. Esto lo dijo Savonarola en un sermón; pero como era dominico, en seguida hubo un franciscano que recogió el reto y se comprometió a probar lo contrario con igual ordalia. La antigua forma de juicio de Dios por la prueba del fuego estaba condenada por la Iglesia; tenía que ser un fraile del norte de Italia, como Savonarola, el que resucitara así una idea de origen bárbaro. El papa envióles un rescripto oponiéndose a semejante prueba, pero los florentinos no quisieron perder un espectáculo tan sensacional y se preparó el catafalco, sobre el que se amontonaron los troncos que habían de arder, untados de aceite y betún.

Los dos contrincantes, acompañados de muchos frailes, marcharon en procesión hasta el lugar de la prueba. Savonarola llevaba una capa blanca y avanzaba con la hostia en la mano. Su contrincante objetó que la capa podía estar embrujada y que debía cambiársela por otra, a lo que accedió el dominico. Después quiso que dejara la hostia, y tuvo que discutirse si, en caso de quemarse el sacramento, se quemaban los accidentes o la sustancia de Jesús sacramentado. Cuando esto fue solventado, empezó a llover y tuvo que suspenderse el espectáculo. Pero como las disputas y conferencias tuvieron efecto sin que la multitud, que esperaba milagros, se diera cuenta del porqué de las demoras, el desencanto fue inmenso. La popularidad de Savonarola



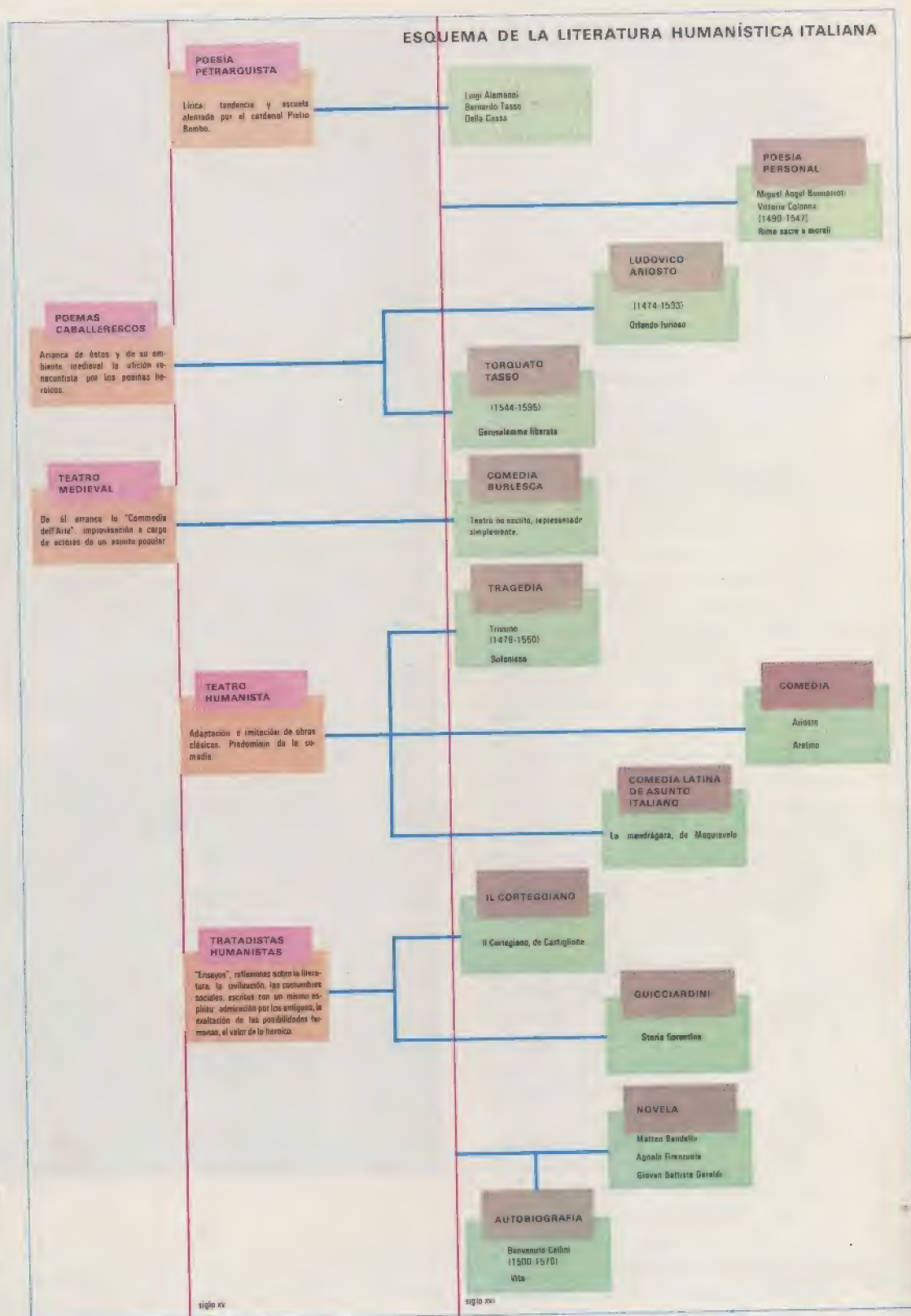
César Borgia, según tabla de autor anónimo conservada en el Palacio Venecia, de Roma. La muerte de Alejandro VI significó el eclipse de la fortuna de César, que acabaría muriendo oscuramente en una escaramuza en las montañas del Pirineo navarro.

amenguóse hasta tal punto, que el papa se atrevió a pedir a los magistrados florentinos que se lo entregaran para juzgarle. Para acabar de convencerlos, ofreció condonar el diez por ciento de las rentas de la Iglesia en todo su territorio. El asunto fue resuelto con gran rapidez, como todos los negocios de los Borgia, pero el papa tuvo que aumentar su oferta hasta tres veces el diez por ciento, o sea el treinta, fatídico número que recordaba el de las treinta monedas de plata. Ablandados con esta dádiva, los magistrados florentinos consintieron en que su profeta-



Portada de "Orlando furioso", obra de Ludovico Ariosto (Biblioteca Central de Barcelona).

Pietro Aretino, por Tiziano (Galería Pitti, Florencia).



predicador fuese juzgado sumariamente por unos comisarios enviados desde Roma. El resultado fue el auto de fe en la plaza de Florencia. Es interesante consignar que, a pesar de estar excomulgado, se permitió a Savonarola, antes de morir, comulgar por su propia mano, y ante la hostia consagrada pidió perdón a Dios y a los hombres de los

escándalos que hubiere dado y de todas las faltas que había cometido.

Desembarazado de Savonarola, Alejandro VI atendió a su magna obra de engrandecer el poder temporal del papado atacando a los barones romanos que se mantenían todavía independientes en los territorios pontificios. Para esto se nombró a César

Borgia abanderado de la Iglesia, amenazándole aun con la excomunión si no realizaba sus designios. César tuvo que desatender sus estados de la Romagna y presentarse en el Lacio para combatir a los rebeldes del papa. No hay duda de que ésta fue la causa de la ruina final de César, porque al morir su padre Alejandro VI no había habido entre él y sus nuevos súbditos tiempo bastante para conocerse y estimarse.

El papa murió, probablemente de apoplejía, el 18 de agosto de 1503, pero tam-

bién se habló de veneno. Se dijo que él y César habían tomado por equivocación la pócima que destinaban al cardenal Corneto, porque los tres enfermaron después de una cena, aunque sólo el papa murió del supuesto accidente.

Queda sólo por mencionar el final que tuvo César. Los pontífices sucesivos no podían sentir gran simpatía por el hijo de Alejandro VI. Mientras tuvo estados y ejército, le trataron con cierto miramiento; pero César fue perdiendo su posición de árbitro de los desti-

Sepulcro de Juliano de Médicis, por Miguel Ángel, en la Capilla Medicea de Florencia. Miguel Ángel es la figura máxima del renacimiento italiano. Arquitecto, escultor y pintor, dio a sus obras una monumentalidad y una grandiosidad tales, que ha podido ser considerado como el primer artista barroco.



"LA MANDRAGORA"

La *mandrágora* es una de las mejores comedias no sólo del siglo XVI, sino de todo el teatro italiano. Escrita por Maquiavelo hacia 1518, refleja el ambiente florentino de los primeros años del siglo.

Calímaco, joven de unos treinta años, ha vivido siempre en París, "distribuyendo su tiempo entre los estudios, los placeres y los negocios", ya que en Italia, arruinada por las guerras, no se sentía seguro; pero de improviso, "sin pensar si en Italia había guerra o paz", vuelve a Florencia únicamente para ver a una mujer.

He aquí el preludio fabuloso de esta comedia. En una discusión sobre la belleza de las mujeres italianas y francesas, un florentino había exaltado sobre todas a Lucrecia, mujer de Nicías Calfucci; Calímaco decide ir a Florencia, y una vez allí encuentra que la belleza de Lucrecia es incluso superior a las alabanzas que de ella se hacían y a partir de entonces pierde todo sosiego.

La mujer es honestísima y a causa de la vida retirada que lleva y del respeto que le tienen sus criados, que no se dejan sobornar, es imposible llegar a ella. Pero no todo está perdido, ya que, por un lado, el marido, Nicías, a pesar de ser doctor, "es el hombre más necio y simplón de Florencia", y por otro, a Lucrecia y a su esposo, no teniendo hijos a pesar de llevar seis años de casados, les consume el deseo de tenerlos y por ello están pendientes del consejo de los médicos.

Sobre estas premisas, Calímaco y sobre todo Ligurio, un parásito vividor, con la complicidad deshonestas de fray Timoteo, tejen una intriga que permitirá a Calímaco conseguir sus propósitos. El hecho tiene algo de dramático, aunque sólo sea un delito de intención, porque llegado cierto punto, el simple Nicías (que recuerda mucho al Calandrino de Boccaccio) acepta colaborar en el envenenamiento de un joven con tal de tener un hijo, y la honestísima Lucrecia, "sabia, de buenas costumbres y apta para gobernar un reino", no sabe rebelarse contra los consejos aviesos del confesor, secundado por su propia madre. La sentencia de que el fin justifica los medios ha sido convertida por el autor en risueña ironía.

Ya que Nicías quiere que se consulten distintos maestros para curar la esterilidad de su mujer, pues, según él, "no existe en toda Florencia hombre más rjoso ni más viril", Ligurio hace que Calímaco se presente como médico famoso, que recomienda una poción de mandrágora, experimentada por él como infalible en Francia: "Si no fuera por eso, la reina de Francia sería estéril, e igualmente otras princesas de aquel estado". La deberá tomar aquella misma noche, pero el primer hombre que tenga contacto carnal con ella, morirá al cabo de ocho días. Nicías queda aterrado. ¿Qué solución hay para no morir? Poner en su lugar al primer mozacón que encuentre aquella misma noche paseando por el Mercado Nuevo o Viejo; "le amordazaremos y le conduciremos al son de los palos y a favor de la oscuridad a vuestra casa y a vuestra alcohala", le dice Ligurio.

Falta convencer a Lucrecia. Será difícil, pero podrá conseguirse con la preciosa ayuda del confesor y de Sostrata, la madre. A Lucrecia, que se rebela ("Esto me parece la cosa más singular del mundo"), fray Timoteo le replica: "Muchos hechos aparentan de lejos ser terribles, insoportables e inauditos y cuando te acercas a mirarlos se hacen soportables y vulgares; por eso se dice que son mayores los sustos que los males, y en este caso estamos". Luego le va mostrando con razonamientos lógicos que ella no peca en modo alguno, mientras Sostrata anima a su hija: "Déjate persuadir. ¿No comprendes que la mujer sin hijos carece de casa? Muere el marido y queda como un animal, al albedrío de todos". Desconsolada, la mujer consiente, aunque "no creo llegar viva a mañana".

Por la noche se encuentra fácilmente al mozo, que, sin que Nicías se dé cuenta, no es otro que el mismo Calímaco, quien al día siguiente puede contar su gran aventura. Se ha dado a conocer a Lucrecia, le ha revelado el engaño y el amor que por ella siente, a lo que la mujer ha respondido: "Ya que tu astucia, la estupidez de mi esposo, la simpleza de mi madre y la perversidad de mi confesor me obligaron a hacer lo que por mí misma jamás hubiera realizado, juzgo, pues, que

todo se debe a un decreto celestial y no puedo rechazar lo que el cielo quiere que acepte. Te tomo por señor, amo y guía; eres mi padre y mi defensor, y deseo que seas todo mi bien, ya que te amo, y lo que mi marido dispuso para una noche, se prolongue para siempre".

Maquiavelo ha mantenido hasta el final la verosimilitud de una intriga tan difícil de sostener, y lo mismo ha hecho con los caracteres, lo cual no era fácil.

La materia es en apariencia alegre y lasciva, pero en el fondo existe la misma concepción pesimista que fue raíz de *El Príncipe*. Toda la comedia deja traslucir los esquemas del pensador político, que ha exaltado el valor de la "virtud", del ingenio. Calímaco, como Maquiavelo en *El Príncipe*, dice: "No hay que desesperar en las dificultades, porque todas tienen alguna solución, y aunque ésta fuese débil e inconsistente, la voluntad y el afán del hombre por lograr su propósito la muda y la hace parecer distinta".

Todos los personajes de *La mandrágora* actúan según la lógica de su propio beneficio y placer, cada uno va derecho por su camino hacia el fin que persigue. Calímaco, en su astucia, es un virtuoso del mundo maquiavélico, es una especie de príncipe que no trata de conseguir un estado, sino una mujer. Una mujer que se transforma revistiéndose de enérgico furor y, si antes ha sido perfectamente buena, sabe luego llegar al fondo del papel que entre todos le han otorgado y llega a ser honorablemente mala.

Maquiavelo no se escandaliza. Como ya hizo en sus obras "serias", sólo quiere hablar de la "verdad efectiva de las cosas". Pone en evidencia, sí, la corrupción de la Iglesia de entonces al presentarnos la figura de fray Timoteo, con su piedad formal y toda la descarada inmoralidad que le circunda; pero no lo juzga, como no juzga a ninguno de sus personajes: los sigue con mirada impassible y los pinta de manera lúcida, fría, casi implacable, con su resignada clarividencia, con su contenida amargura. Porque el mundo es como es y no hay modo de cambiarlo.

H. P.

nos de la Italia central y acabó por entregarse a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, que estaba en Nápoles luchando por el Rey Católico. Gonzalo envió a España, y por espacio de dos años estuvo encarcelado, hasta que en noviembre de 1506 pudo escapar y refugiarse en los estados de su cuñado Juan de Albret, rey de Navarra. Pensó éste aprovecharse de la pericia militar de César para reducir a un feudatario rebelde, y en

una simple escaramuza perdió la vida el que había sido duque de la Romagna y modelo de tiranos, el prototipo de *príncipe*.

Y aquí volvemos a encontrar a aquel secretario llamado Maquiavelo que se entrevistó con César Borgia cuando estaba al servicio del embajador florentino. Su carrera había sido poco brillante; pudo desempeñar cargos oficiales de alguna importancia, pero nunca llegó a tener una posición que le per-

mitiera obrar por su cuenta en negocios de cuantía. Sin embargo, había podido viajar mucho; en todos los países procuró observar a los hombres públicos, tratando de adivinar los móviles de sus acciones y la razón del secreto de su fortuna. Pero, de todos los personajes de su tiempo, ninguno le había impresionado tanto como César Borgia, a quien menciona siempre por su título de duque de Valentinois.

Maquiavelo pertenecía a una antigua familia florentina, aunque no muy rica. Nació el año 1469 y murió en 1527. Poco después de la caída de César Borgia, retirado en una pequeña hacienda de San Casciano, cerca de Florencia, empezó a compilar los escritos que le han hecho famoso. Todos los hombres, según él, son naturalmente propensos al mal. Es sorprendente cómo por otros caminos, y sin conocerle, llegó al mismo resultado que su contemporáneo Lutero respecto de la doctrina del pecado natural, innato en el hombre. Pero mientras Lutero se preocupa por explicarse teológicamente esta mancha original del hombre y la manera de lavarla, a Maquiavelo le preocupaba la gloria y prefería ser recordado con horror a ser olvidado de las gentes. La supervivencia por la fama valía, para Maquiavelo, más que la vida eterna en el paraíso, preferida por Lutero.

Siendo, pues, la humanidad perversa por naturaleza, sólo se regirá virtuosamente si se la obliga a ello, y para esto hace falta un tirano. El príncipe, o tirano, establecerá su dominio valiéndose de todos los medios. Rómulo hizo bien en asesinar a su hermano, porque sólo así consiguió la unidad que es indispensable para consolidar un gobierno. Por la misma razón, Cleomenes obró cuerdaamente mandando asesinar a todo el senado de Esparta, pues sólo así podía hacer cumplir las antiguas leyes de Licurgo. Hacia falta un dictador para legislar de nuevo sabiamente; después de restablecido el orden, Esparta pudo continuar viviendo según los príncipes republicanos.

Vamos a copiar algunos párrafos de Maquiavelo: "Por regla general, para fundar y reorganizar un estado es necesario ser uno solo. Todo debe ser obra y creación de una mente ordenadora, sin la cual no habrá verdadera unidad ni se fundará nada estable..." "Una vez fundado el estado, debe confiarse a la custodia de muchos, porque si bien es necesario que sea uno solo para fundarlo, conviene que se mantenga por el interés de todos." He aquí una extraña complicación de tiranía y republicanismo que era natural experimentarse Maquiavelo. Había servido a la República florentina y había visto cuán ventajoso era el gobierno republicano; sin



Nicolás Maquiavelo (retrato anónimo de los Uffizi, Florencia).

embargo, comprendía que el régimen estaba en crisis y que en muchas partes de Italia hacia falta el despotismo para lograr su modernización.

Según Maquiavelo, hasta la República mejor organizada requiere a intervalos la tiranía, para restablecerla en su pureza. La República acaba por caer en una oligarquía y se impone entonces el príncipe o tirano que la haga otra vez democrática. Los medios de que se valdrá el tirano para imponer su autoridad no tienen otra limitación que el éxito. Lo que triunfa es lo único que debe tenerse en cuenta para Maquiavelo. Excusa y casi exige el asesinato y el fratricidio por razones de estado. "Yo imitaría siempre al duque de Valentinois."

Al explicar los *maquiavelismos* de César para deshacerse de sus enemigos, Maquiavelo añade: "He explicado estas acciones del duque de Valentinois porque yo no podría reprenderle; todo lo contrario. Ya he dicho que quisiera sirviese de modelo a todos los que, por su fortuna o por las armas ajenas, han ganado un reino; porque teniendo como tenía César Borgia un grande ánimo y elevadas intenciones, no podía gobernar de otra manera".

BIBLIOGRAFIA

Almela, F.	<i>Lucrecia Borja y su familia</i> , Barcelona, 1962.
Burckhardt, J.	<i>La cultura italiana del Renacimiento</i> , Madrid, 1946.
Fusero, C.	<i>César Borgia</i> , Barcelona, 1967.
Mounin, G.	<i>Savonarole</i> , París, 1960. – <i>Machiavel</i> , París, 1966.
Onieva, A.	<i>Lucrecia Borgia</i> , Barcelona, 1957.
Pastor, L.	<i>Historia de los Papas</i> , Barcelona, 1959.
Prezzolini, G.	<i>Maquiavelo</i> , Barcelona, 1967.
Ranke, L. von	<i>Historia de los Papas</i> , México, 1951.
Villari, P.	<i>Maquiavelo</i> , Barcelona, 1965.



*Savonarola en un detalle del monumento
elevado a Lutero en Worms.*